

PROLOGO.

HABIENDO considerado los sábios antiguos, que los grandes hechos de las armas escritos nos dejaron, cuán breve fué aquello que en efecto de verdad en ellos pasó, así como las batallas de nuestros tiempos, que por nos fueron vistas, nos dieron clara experiencia y noticia, quisieron sobre algun cimiento de verdad componer tales y tan extrañas hazañas, con que no solamente pensaron dejar en perpétua memoria á los que aficionados fueron, mas á aquellos por quien leídas fuesen en grande admiracion, como por las antiguas historias de los griegos y troyanos, y de otros que batallaron, parece por su escrito. Asi lo dice Salustio, que tanto los hechos de los de Aténas fueron grandes, cuanto los escritores quisieron crecer y ensalzar; pues si en el tiempo de estos oradores, que mas en la fama que de intereses ocupaban sus juicios y fatigaban sus espíritus, acaesciera aquella conquista que el nuestro muy esforzado y católico rey don Fernando hizo del reino de Granada, ¡cuántas flores, cuántas rosas en ella por ellos fueran sembradas, así en lo tocante al esfuerzo de los caballeros en las revueltas y escaramuzas y peligrosos combates, y en todas las otras cosas de afrentas y trabajos que para tal guerra se aparejaron, como en los esforzados razonamientos del gran rey á sus altos hombres en las reales tiendas ayuntados, y las obedientes respuestas que ellos daban, y sobre todo, las grandes alabanzas y crecidos loores que merece por haber empezado y acabado jornada tan católica! Por cierto creo yo que así lo verdadero como lo fingido que por ellos fuera recontado en la fama de tan gran príncipe, con esta causa sobre tan ancho y verdadero cimiento pudiera en las nubes tocar; como se puede creer que por los sus sábios coronistas (si les fuera dado seguir la antigüedad de aquel estilo), en memoria á los venideros por escrito se dejara; poniendo por justa causa en mayor grado de fama y alteza verdadera sus grandes hechos, que los de otros emperadores que con mas aficion y menos verdad que los nuestros rey y reina fueran loados, pues que tanto mas lo merecen cuanto es la diferencia de las leyes que tuvieron; que los primeros sirvieron al mundo y les dió el galardón, y los nuestros al Señor, el que con tan conocido amor y voluntad ayudar y favorecer los quiso, por los hallar tan dignos en poner por ejecucion con mucho trabajo y gasto lo que tanto su servicio es. E si por ventura acá en olvido quedare, no quedará ante su real majestad, donde les tiene aparejado el galardón que por ello merecen. Otra manera de mas conveniente crédito tuvo en la historia aquel grande historiador Tito Livio para ensalzar la honra y fama de los romanos, que apartándolos de las fuerzas corporales, los llegó al ardimiento y esfuerzo del corazón, porque si en lo primero alguna duda se halla, en lo segundo no se hallará; que él por muy extremado y valiente esfuerzo dejó en memoria la osadía del que el brazo se quemó, y de aquel que por su propia voluntad se lanzó en el peligroso lago. Ya por nos fueron vistas otras semejantes cosas de aquellos que, menospreciando las vidas, quisieron recibir la muerte por á otros las quitar, de guisa que por lo que vimos, podemos creer lo suso que leimos, aunque muy extraño nos parezca. Pero por cierto en toda su grande historia no se hallará ninguno de aquellos golpes espantosos ni encuentros milagrosos que en las otras historias se hallan, como de aquel fuerte Héctor se recuenta y del famoso Arquiles, del esforzado Troilo y del valiente Ajax Telamon, y de otros muchos de que muy grande memoria se hace; segun el oficio de aquellos que por escrito nos dejaron, así estas como otras mucho mas cercanas á nos, como la de aquel señalado duque Godofre de Bullon en el golpe de espada que en la puente de Antioquia dió, y del turco armado, que casi dos pedazos hizo, siendo ya rey de Jerusalem. Bien se puede y debe creer haber habido Troya y ser cercada y destruida por los griegos, y asimesmo ser conquistada Jerusalem, con otros muchos lugares por este

duque y sus compañeros; mas semejantes golpes que estos atribuyámoslos mas á los escritores, como ya dije, que haber en efecto de verdad pasado. Otros hubo de mas baja suerte, que escribieron, que no solamente no edificaron sus obras sobre algun cimiento de verdad, mas sobre el rastro de ella. Estos son los que compusieron las historias fingidas en que se hallan las cosas admirables fuera de la órden de natura, que mas por nombre de patrañas que de corónicas con mucha razon deben de ser tenidas y llamadas. Pues veamos agora: si las afrentas de las armas que acaescen no son semejantes á aquellas que casi cada día vemos y pasamos, y aun por la mayor parte desviadas de la virtud y buena conciencia, y aquellas que muy graves y extrañas nos parecen, sepamos ser compuestas y fingidas, ¿qué tomarémos de las unas y otras, que algun fruto provechoso nos acarreen? Por cierto, á mi ver, otra cosa no, salvo los buenos ejemplos y doctrinas que mas á la salvacion nuestra se allegaren, pues siendo permitido de ser imprimida en nuestros corazones la gracia del muy alto Señor, para á ella nos allegar, tomémosla por alas con que nuestras ánimas suban á la alteza de la gloria para donde fueron criadas. E yo esto considerando, y deseando que de mí alguna sombra de memoria quedase, no me atreviendo á poner mi flaco ingenio en aquello que los mas cuerdos sábios se ocuparon, quisele juntar con estos postrimeros que las cosas mas livianas y de menor sustancia escribieron, por ser á él, segun su flaqueza, mas conformes, corrigiendo estos tres libros de Amadis, que por falta de los malos escritores ó componedores muy corruptos ó viciosos se leían, y trasladando y enmendando el libro cuarto, con las *Sergas de Esplandian*, su hijo, que hasta aquí no es memoria de ninguno ser visto; que por gran dicha pareció en una tumba de piedra, que debajo de la tierra de una ermita cerca de Constantinopla fué hallado, y traído por un húngaro mercader á estas partes de España, en la letra y pergamino tan antiguo, que con mucho trabajo se pudo leer por aquellos que la lengua sabian. Los cuales cinco libros, como quiera que hasta aquí mas por patrañas que por corónicas eran tenidos, son, con las tales enmiendas, acompañados de tales ejemplos y doctrinas, que con justa causa se podrán comparar á los livianos y febles saleros de corcho, que con tiras de oro y de plata son encarcelados y guarnecidos; porque así los caballeros mancebos como los mas ancianos hallen en ellos lo que á cada uno conviene; y si por ventura en esta mal ordenada obra algun yerro pareciere de aquellos que en lo divino y humano son prohibidos, demando humildemente de ello perdon, pues que teniendo y creyendo firmemente todo lo que la santa madre Iglesia manda, mas la simple discrecion que la obra fué de ello causa.

AQUÍ COMIENZA

EL PRIMERO LIBRO

DEL ESFORZADO ET VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS,

HIJO DEL REY PERION DE GAULA Y DE LA REINA ELISENA;

EL CUAL FUÉ CORREGIDO Y EMENDADO POR EL HONRADO É VIRTUOSO CABALLERO GARCÍ-ORDOÑEZ DE MONTALBO, REGIDOR DE LA NOBLE VILLA DE MEDINA DEL CAMPO, É CORREGIÓLE DE LOS ANTIGUOS ORIGINALES, QUE ESTABAN CORRUPTOS É COMPUESTOS EN ANTIGUO ESTILO, POR FALTA DE LOS DIFERENTES ESCRITORES; QUITANDO MUCHAS PALABRAS SUPÉRFLUAS, É PONIENDO OTRAS DE MAS POLIDO Y ELEGANTE ESTILO, TOCANTES Á LA CABALLERÍA É ACTOS DE ELLA; ANIMANDO LOS CORAZONES GENTILES DE MANCEBOS BELICOSOS, QUE CON GRANDÍSIMO AFETO ABRAZAN EL ARTE DE LA MILICIA CORPORAL, ANIMANDO LA INMORTAL MEMORIA DEL ARTE DE CABALLERÍA, NO MENOS HONESTÍSIMO QUE GLORIOSO.

INTRODUCCION.

No muchos años despues de la pasion de nuestro redentor é salvador Jesucristo, fué un rey cristiano en la pequeña Bretaña, por nombre llamado Garinter, el cual era en la ley de la verdad de mucha devocion é buenas maneras acompañado. Este rey hobo dos hijas en una noble dueña su mujer; é la mayor fué casada con Languines, rey de Escocia, é fué llamada la Dueña de la Guirnalda, porque el rey su marido nunca la consintió cubrir sus hermosos cabellos sino de una muy rica guirnalda: tanto era pagado de los ver; de quien fueron engendrados Agrájes é Mabilia, que así del uno como caballero é della como doncella en esta gran historia mucha mencion se hace. La otra fija, que Elisena fué llamada, en gran cantidad mucho mas hermosa que la primera fué; é como quiera que de muy grandes príncipes en casamiento demandada fuese, nunca con ninguno dellos casar le plugo; antes su retraimiento é santa vida dieron causa á que todos *beata perdida* la llamasen, considerando que persona de tan gran guisa, dotada de tanta hermosura, de tantos grandes por matrimonio demandada, no le era conveniente tal estilo de vida tomar. Pues este dicho rey Garinter, siendo en asaz crecida edad, por dar descanso á su ánimo, algunas veces á monte é á caza iba; entre las cuales, saliendo un dia desde una villa suya que Alima se llamaba, siendo desviado de las armadas y de los cazadores, andando por la floresta sus horas rezando, vió á su siniestra una brava batalla de un solo caballero que con dos se combatia: él conoció los dos caballeros, que sus vasallos eran, que por ser muy soberbios y de malas maneras é muy emparentados, muchos enojos dellos habia recebido; mas que con ellos se com-

batia no lo pudo conocer; é no se fiando tanto en la bondad del uno que el miedo de los dos le quitase, apartándose dellos, la batalla miraba, en fin de la cual por mano de aquel los dos fueron vencidos é muertos. Esto fecho, el caballero se vino contra el Rey, é como solo lo viese, díjole: «Buen hombre, ¿qué tierras esta, que así son los caballeros andantes salteados?» El Rey le dijo: «No os maravilleis deso, caballero; que así como en las otras tierras hay buenos caballeros y malos, así los hay en esta; y estos que decis, no solamente á muchos han fecho grandes males y desaguisados, mas aun al mismo Rey, su señor, sin que dellos justicia hacer pudiese, por ser muy emparentados, han fecho enormes agravios, é tambien por esta montaña tan espesa, donde se acogian.» El caballero le dijo: «Pues á ese rey que decis vengo yo á buscar de luenga tierra, y le traigo nuevas de un su gran amigo, é si sabeis dónde fallarlo pueda, ruégoos que me lo digais.» El Rey le dijo: «Como quier que acontezca, no dejaré de os decir la verdad: sabed ciertamente que yo soy el rey que demandais.» El caballero, quitando el escudo y yelmo, é dándolo á su escudero, lo fué á abrazar, diciendo ser él el rey Perion de Gaula, que mucho le habia deseado conocer.

Mucho fueron alegres estos dos reyes en se haber así juntado; é hablando en muchas cosas, se fueron á la parte donde los cazadores eran para se acoger á la villa; pero antes les sobrevino un ciervo, que de las armadas muy cansado se colara, tras el cual los reyes ambos, al mas correr de sus caballos, fueron, pensando lo matar; mas de otra manera les acaeció, que saliendo de unas espesas matas un leon delante dellos,

el ciervo alcanzó é mató, é habiéndole abierto con sus muy fuertes uñas, bravo é mal continente contra los reyes se monstraba; é como así el rey Perion le viese, dijo: «Pues no estaréis tan sañudo que parte de la caza no nos dejes.» E tomando sus armas, descendió del caballo, que adelante, espantado del fuerte leon, ir no quería; poniendo su escudo delante, la espada en la mano, al leon se fué, que las grandes voces que el rey Garinter le daba no lo pudieron estorbar; el leon asimismo, dejando la presa, contra él se vino; é juntándose ambos, teniéndole el leon debajo en punto de la matar, no perdiendo el Rey su grande esfuerzo, firióndole con su espada por el vientre, lo fizo caer muerto ante sí; de que el rey Garinter mucho espantado, entre sí decía: «No sin causa tiene aquel fama del mejor caballero del mundo.»

Esto hecho, recogida toda la compañía, fizo en dos palafrenes cargar el leon y el ciervo y llevarlos á la villa con gran placer; donde siendo de tal huésped la Reina avisada, los palacios de grandes é ricos atavíos é las mesas puestas fallaron; en la una mas alta se sentaron los reyes, y en otra, junto con ella, Elisena, su hija; é allí fueron servidos como en casa de tal hombre se debía. Pues estando en aquel solaz, como aquella infanta tan hermosa fuese, y el rey Perion por el semejante, é la fama de sus grandes cosas en armas por todas las partes del mundo divulgadas, en tal punto é hora se miraron, que la gran honestidad é santa vida della no pudo tanto, que de incurable é muy gran amor preso no fuese, y el Rey asimismo della; que fasta entonces su corazón, sin ser sojuzgado á otra ninguna, libre tenia; de guisa que así el uno como el otro estovieron todo el comer casi fuera de sentido. Pues aladas las mesas, la Reina se quiso acoger á su cámara, y levantándose Elisena, cayóle de la falda un muy hermoso anillo, que para se lavar del dedo quitara, é con la gran turbacion no tuvo acuerdo de lo allí tornar; é bajóse por tomarlo; mas el rey Perion, que cabe ella estaba, quiso gelo dar; así que, las manos llegaron á una sazón, y el Rey tomóle la mano é apretósele. Elisena tornó muy colorada, é mirando al Rey con ojos amorosos, le dijo pasito que le agradecía aquel servicio. «Ay, señora! dijo él, no será el postrimero; mas todo el tiempo de mi vida será empleado en os servir.» Ella se fué tras su madre con tan gran alteracion, que casi la vista perdida llevaba; de lo cual se siguió que esta infanta, no pudiendo sufrir aquel nuevo dolor que con tanta fuerza al viejo pensamiento vencido habia, descubrió su secreto á una doncella suya, de quien mucho fiaba, que Darioleta habia nombre, é con lágrimas de sus ojos, é mas del corazón, le demandó consejo en cómo podría saber si el rey Perion otra mujer alguna amase, é si aquel tan amoroso semblante que á ella mostrado habia, si le viniera en la manera é con aquella fuerza que en su corazón habia sentido. La doncella, espantada de mudanza tan súpita en persona tan desviada de auto semejante, habiendo piedad de tan piadosas lágrimas, le dijo: «Señora, bien veo yo que, segun la demasiada pasion que aquel tirano amor en vos ha puesto, que no ha dejado en vuestro juicio lugar donde consejo ni razon apo-

sentados puedan ser; é por esto, siguiendo yo, no á lo que á vuestro servicio debo, mas á la voluntad é obediencia, faré aquello que mandais por la via mas honesta que mi poca discrecion é mucha gana de os servir fallar pudieren.» Entonces partiéndose della, se fué contra la cámara donde el rey Perion posaba, é halló su escudero á la puerta con los paños que le queria dar de vestir, é dijole: «Amigo, id vos á hacer al; que yo quedaré con vuestro señor é le daré recaudo.» El escudero, pensando que aquello por mas honra se hacia, dióle los paños é partióse de allí. La doncella entró en la cámara do el Rey estaba en su cama, é como la vió, conoció ser aquella con quien habia visto mas que con otra á Elisena hablar, como que en ella mas que en otra alguna se fiaba; é creyó que no sin algun remedio para sus mortales deseos allí era venida; y estremeciéndosele el corazón, le dijo: «Buena doncella, ¿qué es lo que quereis?—Daros de vestir, dijo ella.—Eso al corazón habia de ser, dijo él; que de placer é alegría muy despojado y desnudo está.—¿En qué manera? dijo ella.—En que viniendo yo á esta tierra, dijo el Rey, con entera libertad, solamente temiendo las aventuras que de las armas ocurrirme podian, no sé en qué forma, entrando en esta casa destes vuestros señores, soy llagado de herida mortal; é si vos, buena doncella, alguna melecina para ella me procurádes, de mí seriadis muy bien galardonada.—Cierto, Señor, dijo ella, por muy contenta me ternia en hacer servicio á tan alto hombre é tan buen caballero como vos sois, si supiese en qué.—Si me vos prometeis, dijo el Rey, como leal doncella, de lo no descubrir sino allí donde es razon, yo os lo diré.—Decildo sin recelo, dijo ella; que enteramente por mí guardado vos será.—Pues amiga señora, dijo él, dígovos que en fuerte hora yo miré la gran hermosura de Elisena, vuestra señora, que atormentado de cuitas é congojas soy fasta en punto de la muerte; en la cual, si algun remedio no hallo, no se me podrá excusar.» La doncella, que el corazón de su señora enteramente en este caso sabia, como ya arriba oistes, cuando esto oyó fué muy alegre, é dijole: «Mi señor, si me vos prometeis como rey en todo guardar la verdad, á que mas que ningun otro que lo no sea obligado sois, é como caballero, que segun vuestra fama, por la sostener, tantos afanes y peligros habrá pasado, de la tomar por mujer cuando tiempo fuere, yo la porné en parte donde, no solamente vuestro corazón satisfecho sea, mas el suyo, que tanto ó por ventura mas que él es en cuita y en dolor desa mesma llaga herido; é si esto no se hace, ni vos la cobraréis, ni yo creeré ser vuestras palabras de leal é honesto amor salidas.» El Rey, que en su voluntad estaba ya empreñada la permission de Dios para que desto se siguiese lo que adelante oiréis, tomó la espada, que cabe sí tenia, é poniendo la diestra mano en la cruz, dijo: «Yo juro en esta cruz y espada, con que la orden de caballería rescebí, de hacer eso que vos, doncella, me pedis, cada que por vuestra señora Elisena demandado me fuere.—Pues agora holgad, dijo ella; que yo cumpliré lo que dije.» E partiéndose dél, se tornó á su señora, é contándole lo que con el Rey concertara, muy grande alegría en su ánimo puso. Abrazándola, le dijo: «Mi

CAPITULO PRIMERO.

Cómo la infanta Elisena é su doncella Darioleta fueron á la cámara donde el rey Perion estaba.

verdadera amiga, ¿cuándo veré yo la hora que en mis brazos tenga á aquel que por señor me habeis dado?—Yo os lo diré, dijo ella: ya sabeis, Señora, cómo aquella cámara en que el rey Perion está tiene aun puerta que á la huerta sale, por donde vuestro padre algunas veces se sale á recrear; que con las cortinas agora cubierta está, de que yo la llave tengo. Pues cuando el Rey de allí salga yo la abriré; é siendo tan noche, que los del palacio sosieguen, por allí podremos entrar sin que de ninguno sentidas seamos; é cuando sazón sea de salir, yo vos llamaré é tornaré á vuestra cama.» Elisena, que esto oyó, fué atónita de placer, que no pudo hablar; é tornando en sí, dijo: «Mi amiga, en vos dejo toda mi hacienda; mas ¿cómo se hará lo que decis; que mi padre está dentro en la cámara con el rey Perion, é si lo sintiese seriamos todos en gran peligro?—Eso, dijo la doncella, dejad á mí; que yo lo remediaré.»

Con esto se partieron de su habla, é pasaron aquel dia los reyes é la Reina é la infanta Elisena en su comer y cenar como ante, é cuando fué noche Darioleta apartó el escudero del rey Perion é dijole: «Ay amigo! decidme si sois hombre hidalgo.—Sí soy, dijo él, é aun hijo de caballero; mas ¿por qué lo preguntais?—Yo os lo diré, dijo ella; porque querria saber de vos una cosa; ruégoo, por la fe que á Dios debéis é al Rey vuestro señor, me la digais.—Por santa María, dijo él; toda cosa que yo supiere vos diré, con tal que no sea en daño de mi señor.—Eso vos otorgo yo, dijo la doncella; que ni vos preguntaré en daño suyo, ni vos terniades razon de me lo decir; mas lo que yo quiero saber es, que me digais cuál es la doncella que vuestro señor ama de extremado amor.—Mi señor, dijo él, ama á todas en general; mas cierto no le conozco ninguna que él ame de la guisa que decis.» En esto hablando, llegó el rey Garinter donde ellos estaban hablando, é vió á Darioleta con el escudero, é llamándola, le dijo: «Tú ¿qué tienes que hablar con el escudero del Rey?—Por Dios, Señor, yo os lo diré: él me llamó y me dijo que su señor ha por costumbre de dormir solo, é cierto que siente mucho empacho con vuestra compañía.» El Rey se partió della é fué al rey Perion é dijole: «Mi señor, yo tengo muchas cosas de librar en mi hacienda y levántome á la hora de los maitines, é por vos no darenajo, tengo por bien que quedeis solo en la cámara.» El rey Perion le dijo: «Haced, Señor, en ello como vos mas pluguiere.—Así place á mí,» dijo él. Entonces conoció él que la doncella le dijera verdad, é mandó á sus reposteros que luego sacasen su cama de la cámara del rey Perion. Cuando Darioleta vió que así en efecto viniera lo que deseaba, fué á Elisena, su señora, é contógelo todo como pasaba. «Amiga señora, dijo ella, agora creo, pues que Dios así lo endereza, que esto que al presente yerro parece, adelante será algun gran servicio suyo; y decidme lo que harémos; que la gran alegría que tengo me quita gran parte del juicio.—Señora, dijo la doncella, hagamos esta noche lo que concertado está; que la puerta de la cámara que os dije yo la tengo abierta.—Pues á vos dejo el cargo, de me llevar cuando tiempo fuere.» Así estuvieron ellas hasta que todos se fueron á dormir.

Como la gente fué sosegada, Darioleta se levantó é tomó á Elisena así desnuda como en su lecho estaba, solamente la camisa é cubierta de un manto, é salieron ambas á la huerta, é la luna hacia muy clara; la doncella miró á su señora, é abriéndole el manto, cátole el cuerpo é dijole riendo: «Señora, en buena hora nasció el caballero que vos esta noche habrá.» E bien decía; que esta era la mas hermosa doncella de rostro y de cuerpo que entonces se sabia. Elisena se sonrió y dijo: «Así lo podeis por mí decir, que nací en buena ventura en ser llegada á tal caballero.» Así llegaron á la puerta de la cámara, é como quiera que Elisena fuese á la cosa que en el mundo mas amaba, tremiale todo el cuerpo é la palabra, que no podia hablar; é como en la puerta tocaron para la abrir, el rey Perion, que, así con la gran congoja que en su corazón tenia, como con la esperanza en que la doncella le puso, no habia podido dormir, é aquella sazón ya cansado y del sueño vencido, adormecióse, é soñaba que entraba en aquella cámara por una falsa puerta, y no sabia quién á él iba y le metia las manos por los costados, é sacándole el corazón, le echaba en un río, y él decía: «¿Por qué fecistes tal crueza?—No es nada esto, decía él; que allá os queda otro corazón que yo vos tomaré, aunque no será por mi voluntad.» El Rey, que gran cuita en sí sentia, despertó despavorido é comenzóse á santiguar. A esta sazón habian ya las doncellas la puerta abierto y entraban por ella; é como lo sintió, temióse de traicion por lo que soñara, y levantando la cabeza, vió por entre las cortinas abierta la puerta, de lo que él nada no sabia, é con la luna que por ella entraba, vió el bulto de las doncellas; así que, saltando de la cama do yacia, tomó su espada y escudo y fué contra aquella parte do visto las habia. E Darioleta cuando así lo vido dijo: «¿Qué es eso, Señor? Tirad vuestras armas, que contra nos poca defensa vos ternán.» El Rey, que la conoció, miró é vió á Elisena, su muy amada, y echando la espada é su escudo en tierra, cubrióse de un manto que ante la cama tenia, con que algunas veces se levantaba, é fué á tomar á su señora entre los brazos, y ella le abrazó, como aquel que mas que á sí amaba. Darioleta le dijo: «Quedad, Señora, con ese caballero; que aunque vos como doncella fasta aquí de muchos vos defendistes, y él asimismo de muchas otras se defendió, no bastarán vuestras fuerzas para os defender el uno del otro.» E Darioleta miró por la espada do el Rey la habia arrojado, é tomola en señal de la jura é promesa que le habia hecho en razon del casamiento de su señora, é salióse á la huerta. El Rey quedó solo con su amiga, que á la lumbre de tres hachas que en la cámara ardian la miraba, pareciéndole que toda la hermosura del mundo en ella era junta; teniéndose por muy bienaventurado en que Dios á tal estado le trojera; é así abrazados, se fueron á echar en el lecho, donde aquella que tanto tiempo, con tanta hermosura é juventud demandada, de tantos príncipes é grandes hombres se habia defendido, quedando

do con libertad de doncella, en poco mas de un día, cuando el su pensamiento mas de aquello apartado y desviado estaba, el cual amor, rompiendo aquellas fuertes ataduras de su honesta é santa vida, gela hizo perder, quedando de allí adelante dueña; por donde se da á entender que, así como las mujeres, apartando sus pensamientos de las mundanales cosas, despreciando la gran hermosura de que la natura las dotó, la fresca juventud que en mucho grado la acrecienta, los vicios y deleites que con las sobradas riquezas de sus padres esperaban gozar, quieren, por salvacion de sus ánimas, ponerse en las casas pobres encerradas, ofreciendo con toda obediencia sus libres voluntades á que sujetas de las ajenas sean, viendo pasar su tiempo sin ninguna fama ni gloria del mundo, como sepan que sus hermanas é parientas lo gozan; así deben con mucho cuidado atapar las orejas, cerrar los ojos, excusándose de ver parientes y vecinos, recogiendo en las devotas contemplaciones, en las oraciones santas, tomándolo por verdaderos deleites, así como lo son; porque con hablas, con las vistas, su santo propósito dañan, do no sea así como lo fué el de esta hermosa infanta Elisena, que en cabo de tanto tiempo que guardarse quiso, en solo un momento, viendo la gran hermosura de aquel rey Perion, fué su propósito mudado de tal forma, que, si no fuera por la discrecion de aquella doncella suya, que su honra con el matrimonio reparar quiso, en verdad ella de todo punto era determinada de caer en la peor y mas baja parte de su deshonra; así como otras muchas que en este mundo contarse podrian, que por no se guardar de lo ya dicho, lo hicieron é adelante harán, no lo mirando. Pues así estando estos dos amantes en su solaz, Elisena preguntó al rey Perion si su partida sería breve, y él le dijo: «¿Por qué, mi señora, lo preguntáis?—Porque esta buena ventura, dijo ella, que en tanto gozo y descanso á mis mortales deseos ha puesto, ya me amenaza con la gran tristura é congoja que vuestra ausencia me porná á ser por ella mas cerca de la muerte que no de la vida.» Oídas por él estas razones, dijo: «No tengáis temor deso; que aunque este mi cuerpo de vuestra presencia sea partido, el mi corazón junto con el vuestro quedará, que á entrambos dará su esfuerzo, á vos para sufrir é á mí para cedo me tornar; que yendo sin él, no hay otra fuerza tan dura que detenerme pueda.» Darioleta, que vió ser sazón de ir de allí, entró en la cámara y dijo: «Señora, sé que otra vez os plugo conmigo mas que no agora; mas conviene que vos levanteis é vayamos, que ya tiempo es.» E Elisena se levantó, y el Rey le dijo: «Yo me deterné aquí mas que no pensais, y esto será por vos, é ruégovos que no se os olvide este lugar.»

Ellas se fueron á sus camas y él quedó en cama, muy pagado de su amiga, pero espantado del sueño que ya oistes, é por él habia mas cuita de seir á su tierra, donde habia á la sazón muchos sábios, que semejantes cosas sabian soltar y declarar, é aun él mismo sabia algo, que cuando mas mozo aprendiera. En este vicio é placer estuvo allí el rey Perion diez días, holgando todas las noches con aquella su muy amada amiga; en cabo de los cuales acordó, forzando su vo-

luntad é las lágrimas de su señora, que no fueron pocas, dese partir; así, despedido del rey Garinter é de la Reina, armado de todas armas, cuando quiso su espada ceñir no la halló, é no osó preguntar por ella, como quiera que mucho le dolía, porque era muy buena y hermosa; esto hacia porque sus amores con Elisena descubiertos no fuesen, é por no dar enojo al rey Garinter, é mandó á su escudero que otra espada le buscara; é así armado solamentelas manos é la cabeza, encima de su caballo, no con otra compañía sino de su escudero, se puso en el camino derecho de su reino; pero antes habló con él Darioleta, diciéndole la gran cuita é soledad en que á su amiga dejaba; y él le dijo: «Ay, mi amiga, yo vos la encomiendo como á mí propio corazón, é sacando de su dedo un muy hermoso anillo, de dos que él traía, tal el uno como el otro, gelo dió que le levase é trajese por su amor. Así que, Elisena quedó con mucha soledad y con grande dolor de su amigo; tanto, que si no fuera por aquella doncella, que la estorzaba mucho, á gran pena se pudiera sufrir; mas habiendo sus fablas con ella, algun descanso sentia.

Pues así fueron pasando su tiempo fasta que preñada se sintió, perdiendo el comer y el dormir, é la su muy hermosa color. Allí fueron las cuitas é los dolores en mayor grado, é no sin causa, porque en aquella sazón era por ley establecido que cualquiera mujer, por de estado grande é señorío que fuese, si en adulterio se hallaba, no se podia en ninguna guisa excusar la muerte; y esta tan cruel costumbre é pésima duró hasta la venida del muy virtuoso rey Artur, que fué el mejor rey de los que allí reinaron, é la revocó al tiempo que mató en batalla ante las puertas de Paris al Floyan; pero muchos reyes reinaron entre él y el rey Lisuarte, que esta ley sostuvieron; é como quiera que por aquellas palabras que el rey Perion en su espada prometiera, como se os ha dicho, ante Dios sin culpa fuese, no lo era, empero, ante el mundo, habiendo sido tan ocultas. Pues pensar de lo hacer saberá su amigo, no podia ser; que, como él tan mancebo fuese é tan orgulloso de corazón, que nunca tomaba folganza en ninguna parte sino por ganar honra é fama, que nunca su tiempo en otra cosa pasaba sino andar de unas partes á otras como caballero andante. Así que, por ninguna guisa ella remedio para su vida hallaba; no le pesando tanto por perder la vista del mundo con la muerte, como la de aquel su muy amado señor é verdadero amigo. Mas aquel muy poderoso Señor Dios, por permission del cual todo esto pasaba para su santo servicio, puso tal esfuerzo é discrecion á Darioleta, que ella bastó con su ayuda de todo lo reparar, como agora oiréis.

Habia en aquel palacio del rey Garinter una cámara apartada, de bóveda, sobre un río que por allí pasaba, é tenia una puerta de hierro pequeña, por donde algunas veces al río salian las doncellas á folgar, y estaba yerma, que en ella no albergaba ninguno; la cual, por consejo de Darioleta, Elisena á su padre é madre, para reparo de su mala disposicion é vida solitaria que siempre procuraba tener, demandó, é para rezar sus horas sin que de ninguno estorbada fuese,

salvo de Darioleta, que sus dolencias sabia, que la sirviese é la acompañase; lo cual ligeramente por ellos le fué otorgado, creyendo ser su intencion solamente reparar el cuerpo con mas salud y el alma con vida mas estrecha; é dieron la llave de la puerta pequeña á la doncella, que la guardase é abriese cuando su fija por allí se quisiese solazar. Pues aposentada Elisena allí donde oides, con algo de mas descanso por se ver en tal lugar, que á su parecer antes allí que en otro alguno su peligro reparar podia, hubo consejo con su doncella que se faria de lo que pariese. «¿Qué, Señora? dijo ella; que padezca, porque vos seais libre.—¡Ay, santa María! dijo Elisena; y ¿cómo consentiré yo matar aquello que fué engendrado por la cosa del mundo que yo mas amo?—No cureis deso, dijo la doncella; que si vos mataren, no dejarán á ello.—Aunque yo como culpada muera, dijo ella, no querrán que la criatura inocente padezca.—Dejemos agora de hablar mas en ello, dijo la doncella; que gran locura sería, por salvar una cosa sin provecho, condenásemos á vos é á vuestro amado, que sin vos no podria vivir; é vos viviendo y él, otros hijos é hijas habréis, que el deseo deste vos hará perder.»

Como esta doncella muy sesuda fuese, é por la merced de Dios guiada, quiso antes de la priesa tener el remedio, y fué así desta guisa: que ella hobo cuatro tablas tan grandes, que así como arca, una criatura con sus paños encerrar pudiese, é tanto larga como una espada, é hizo traer ciertas cosas para un betúmen con que las pudiese juntar, sin que en ella ningun agua entrase, é guardólo todo debajo de su cama sin que Elisena lo sintiese, hasta que por su mano juntó las tablas con aquel recio betúmen, é la hizo tan igual é tan bien formada como si la ficiera un maestro. Entonces la mostró á Elisena é dijole: «Para qué vos parece que esto fué fecho?—No sé, dijo ella.—Saberlo heis, dijo la doncella, cuando menester será.» Y ella dijo: «Poco daria por saber cosa que se hace ni dice; que cerca estoy de perder mi bien é alegría.» La doncella hobo gran duelo de así la ver; é viniéndole las lágrimas á los ojos, se le tiró delante porque no la viese llorar. Pues no tardó mucho que á Elisena le vino el tiempo de parir, de que los dolores sintiendo, como cosa tan nueva é tan extraña para ella, en grande amargura su corazón era puesto, como aquella que le convenia no poder gemir ni quejar, que su angustia con ello se doblaba. Mas en cabo de una pieza quiso el Señor poderoso que sin peligro suyo un hijo pariese; é tomándole la doncella en sus manos, vido que era hermoso si ventura hobiese; mas no tardó de poner en ejecucion lo que convenia, segun de antes lo pensara, y envolvióle en muy ricos paños, é púsole cerca de su madre, é trajo allí el arca que ya oistes, é dijole Elisena: «¿Qué quereis hacer?—Ponerlo aquí é lanzarlo en el río, dijo ella, é por ventura guarecer podrá.» La madre lo tenia en sus brazos, llorando fieramente é diciendo: «Mi hijo pequeño, ¡cuán grave es á mí la vuestra cuita!» La doncella tomó tinta é pergamino, é hizo una carta que decia: «Este es Amadís Sin-tiempo, hijo de rey; é sin tiempo decia ella, porque creia que luego sería muerto; y este nombre es muy preciado, por-

que así se llamaba un santo á quien la doncella lo encomendó. Esta carta cubrió toda de cera, é puesta en una cuerda, gela puso al cuello del niño. Elisena tenia el anillo que el rey Perion le diera cuando della se partió, é metiólo en la misma cuerda de la cera, é asimismo, poniendo el niño dentro en el arca, le pusieron la espada del rey Perion, que la primera noche que ella con él durmiera la echó de la mano en el suelo, como ya oistes, é por la doncella fué guardada; é aunque el Rey la halló menos, nunca osó por ella preguntar, porque el rey Garinter no hobiese enojo con aquellos que en la cámara entraban.

Esto así fecho, puso la tabla encima tan junta é bien calafeteada, que agua ni otra cosa allí podia entrar; é tomándola en sus brazos, é abriendo la puerta, la puso en el río é dejola ir; é como el agua era grande é recia, presto la pasó á la mar, que mas de media legua de allí estaba. A esta sazón el alba parecia, é acació una hermosa maravilla de aquellas que el Señor muy alto, cuando á él place, suele hacer: que en la mar iba una barca en que un caballero de Escocia iba con su mujer, que de la pequeña Bretaña llevaba, parida de un hijo que se llamaba Gandalin, y el caballero habia nombre Gandales, é yendo á mas andar, subia contra Escocia. Siendo ya mañana clara, vieron el arca que por el agua nadando iba, é llamando cuatro marineros, les mandó que presto echasen un batel é aquello le trajesen; lo cual prestamente se hizo. Como quiera que ya el arca muy lejos de la barca pasado habia, el caballero tomó el arca é tiró la cobertura, é vió el doncel, que en sus brazos tomó, é dijo: «Este de algun buen lugar es;» y esto decia él por los ricos paños y el anillo é la espada, que muy hermosa le pareció, é comenzó á maldecir la mujer que por miedo tal criatura tan cruelmente desamparado habia; é guardando aquellas cosas, rogó á su mujer que lo hiciese criar, la cual hizo darle la teta de aquella ama que á Gandalin, su hijo, criaba, é tomola con gran gana de mamar, de que el caballero é la dueña mucho alegres fueron. Pues así caminaron por la mar con buen tiempo enderezado, hasta que aportados fueron á una villa de Escocia que Antalia habia nombre, y de allí partiendo, llegaron á un castillo suyo, de los buenos de aquella tierra, donde hizo criar el doncel como si su hijo propio fuese; é así lo creian todos que lo fuese; que de los marineros no se pudo saber su hacienda, porque en la barca, que era suya, á otras partes navegaron.

CAPÍTULO II.

Cómo el rey Perion se iba por el camino con su escudero, con corazón mas acompañado de tristeza que de alegría.

Partido el rey Perion de la pequeña Bretaña, como ya se vos contó, de mucha congoja era su ánimo muy atormentado, así por la gran soledad que de su amiga sentia, que la mucho de corazón amaba, como por el sueño que ya oistes que en tal sazón le sobreviniera. Pues llegado en su reino, envió por todos sus ricos hombres, é mandó á los obispos que consigo trajesen los mas sabidores clérigos que en sus tierras habia; esto para que aquel sueño le declarasen.

Como sus vasallos de su venida supieron, así los lla-

mados muchos de los otros á él se vinieron, con gran deseo de lo ver; que de todos era muy amado, y muchas veces eran sus corazones atormentados oyendo las grandes afrentas en armas á que él se ponía, temiendo de lo perder. E por esto deseaban todos tenerlo consigo, mas no lo podían acabar; que su fuerte corazón no era contento sino cuando el cuerpo ponía en los grandes peligros. El Rey habló con ellos en el estado del reino y en las otras cosas que á su hacienda cumplían, pero siempre con triste semblante, de que á ellos gran pesar redundaba; é despachados los negocios, mandó que á sus tierras se volviesen, é hizo quedar consigo tres clérigos que supo que mas sabían en aquello que él deseaba; é tomándolos consigo, se fué á su capilla, é allí en la hostia sagrada les hizo jurar que en lo que él les preguntase verdad le dijese, no temiendo ninguna cosa, por grave que se les mostrase.

Esto fecho, mandó salir fuera al capellan, y él quedó solo con ellos; entonces les contó el sueño, como es ya devisado, é dijo que gelo soltasen lo que dello podía ocurrir; el uno destes, que Urgan el Picardo habia nombre, que era el que mas sabia, dijo: «Señor, los sueños es cosa vana, é por tal deben ser tenidos; pero, pues vos place que en algo este vuestro tenido sea, dadnos plazo en que lo ver podamos. — Así sea, dijo el Rey, é tomad doce días para ello.» Y mandándolos apartar, que no se hablasen ni vieses en aquel plazo, ellos echaron sus juicios é firmezas cada uno como mejor supo; é llegado el tiempo, viniéronse para el Rey, el cual tomó aparte á Alberto de Campania é dijole: «Ya sabéis lo que me jurastes; agora decid. — Pues vengan los otros, dijo el clérigo, é delante dellos lo diré. — Vengan,» dijo el Rey, é fizolos llamar. Pues siendo así todos juntos, aquel dijo: «Señor, yo te diré lo que entiendo. A mí parece de la cámara que era bien cerrada, y que viste por la menor puerta de ella entrar, significa estar este tu reino cerrado é guardado, que por alguna parte dél te entrará alguno para te algo tomar, é así como la mano te metía por los costados é sacaba el corazón é lo echaba en un río, así te tomará villa ó castillo; é lo pondrá en poder de quien haber no lo podrás. — Y el otro corazón, dijo el Rey, que me decia que me quedaba, é me faria lo perder sin su grado? — Eso, dijo el maestro, parece que otro entrará en tu tierra á te tomar lo semejante, mas constreñido por fuerza de alguno que gelo mande que de su voluntad, y en este caso no sé, Señor, que mas vos diga.» El Rey mandó al otro, que Antáles habia nombre, que dijese lo que fallaba; é le otorgó en todo lo que el otro habia dicho; «Sino tanto que mis suertes me muestran que es ya fecho, é por aquel que te mas ama, y esto me hace maravillar, porque aun agora no es perdido nada de tu reino; é si lo fuere, no seria por persona que te mucho amase.» Oido esto por el Rey, sonrióse un poco, que le pareció que no habia dicho nada. Mas Urgan el Picardo, que mucho mas que ellos sabia, bajó la cabeza, é rióse mas de corazón, aunque lo facia pocas veces; que de su natural era hombre esquivo é triste. El Rey miró en ello é dijole: «Agora, maestro, decid lo que supierdes. — Señor, dijo él, por ventura yo vi cosas que no es menester de las manifestar sino

á tí solo. — Pues sálganse todos fuera,» dijo él; y cerrando las puertas, quedaron ambos. El maestro dijo: «Sabe, Rey, que de lo que yo me reia fué de aquellas palabras que en poco toviste, que dijo que ya era fecho por aquel que te mas ama; agora te quiero decir aquello que muy encubierto tienes, é piensas que ninguno lo sabe; tú amas en tal lugar, donde ya la voluntad cumpliste, é la que amas es maravillosamente hermosa;» y dijole todas las facciones della como si delante la tuviera; «é de la cámara en que vos veades encerrado, esto claro lo sabéis, cómo ella queriendo quitar de vuestro corazón é del suyo aquellas cuitas é congojas, quiso sin vuestra sabiduría entrar por la puerta de que te no catabas, é las manos que á los costados metía es el juntamiento de ambos, y el corazón que sacaba significa hijo ó hija que habrá de vos. — Pues, maestro, dijo el Rey, ¿qué es lo que muestra que lo echaba en un río? — Eso, Señor, dijo él, no lo quieras saber; que te no tiene pro alguno. — Todavía, dijo él, me lo decid, é no temais. — Pues que así te place, dijo Urgan, quiero de tí fianza que por cosa que aquí diga no habrás saña de aquella que tanto te ama, en ninguna sazón. — Yo lo prometo, dijo el Rey. — Pues sabe, dijo él, que lo que en el río viades lanzar es, que será así echado el hijo que de vos hobiere. — Y el otro corazón, dijo el Rey, que me queda, ¿qué será? — Bien debes entender, dijo el maestro, lo uno por lo otro; que es que habréis otro hijo, é por alguna guisa lo perderéis, contra la voluntad de aquella que agora vos fará el primero perder. — Grandes cosas me habeis dicho, dijo el Rey, é á Dios plega, por la su merced, que lo postrimero de los hijos no salga tan verdadero como lo que de la dueña que yo amo me dejistes. — Las cosas ordenadas é permitidas de Dios, dijo el maestro, no las puede ninguno estorbar ni saber en qué pararán, y por esto los hombres no se deben contristar ni alegrar con ellas, porque muchas veces así lo malo como lo bueno que de ellas á su parecer ocurrir les puede, sucede de otra forma que ellos esperaban; é tú, noble Rey, perdiendo de tu memoria todo esto que aquí con tanta afición has querido saber, recoge en ella de siempre rogar á Dios que en esto y en todo lo ái haga lo que su santo servicio sea, porque aquello sin duda es lo mejor.» El rey Perion quedó muy satisfecho de lo que deseaba saber, é mucho mas deste consejo de Urgan el Picardo, é siempre cabe sí lo tuvo, haciéndole mucho bien é mercedes; é saliendo al palacio, halló una doncella mas guarada de atavíos que hermosa, é dijole: «Sabe, rey Perion, que cuando tu pérdida cobrastes, perderá el señorío de Irlanda su flor.» E fuése, que la no pudo detener. Así quedó el Rey pensando en esto é otras cosas.

El autor deja de hablar desto, é torna al doncel que Gandáles criaba, el cual el Doncel del Mar se llamaba, que así le pusieron nombre; é criábase con mucho cuidado de aquel caballero don Gandáles é de su mujer, é hacíase tan hermoso, que todos los que lo veían se maravillaban; é un día cabalgó Gandáles armado, que en gran manera era buen caballero é muy esforzado, é siempre se acompañara con el rey Languines en el tiempo que las armas seguían; é aunque el Rey de seguir las dejase, no lo hizo él así; antes las seguía; é yendo así armado,

como vos digo, halló una doncella, que le dijo: «Ay Gandáles! si supiesen muchos altos hombres lo que yo agora, cortarle y an la cabeza. — ¿Por qué? dijo él. Porque tú guardas la su muerte,» dijo ella; é sabed que esta era la doncella que dijo al rey Perion que cuando fuese su pérdida cobrada, perderia el señorío de Irlanda su flor. Gandáles, que lo no entendia, dijo: «Doncella, por Dios os ruego que me digais qué es eso. — No te lo diré, dijo ella, mas todavía así averná.» E partiéndose dél, se fué su via. Gandáles quedó cuidando en lo que dijera, é á cabo de una pieza vióla tornar muy ahina en su palafren diciendo á grandes voces: «Ay Gandáles! acórreme, que muerta soy.» El cató, é vió venir en pos della un caballero armado con su espada en la mano, é Gandáles hirió el caballo de las espuelas, é metióse entre ambos é dijo: «Don caballero, á quien Dios dé mala ventura, ¿qué quereis á la doncella? — ¿Cómo, dijo él, quereisla vos amparar á esta, que por engaño me trae perdido el cuerpo y el alma? — Deso no sé nada, dijo Gandáles, mas amparar vos la he yo, porque mujeres no han de ser por esta via castigadas, aunque lo merezcan. — Agora lo veréis,» dijo el caballero; é metiendo la espada en la vaina, tornóse á una arboleda, donde estaba una doncella muy hermosa, que le dió un escudo é una lanza, é dióse á correr contra Gandáles, é Gandáles á él, é hiriéronse con las lanzas en los escudos; así que, volaron en piezas; é juntáronse de los caballos é de los cuerpos de consumo tan bravamente, que cayeron á sendas partes, é los caballos con ellos, é cada uno se levantó lo mas preso que pudo, é hobieron su batalla así á pié, mas no duró mucho; que la doncella que fuia se metió entre ellos é dijo: «Caballeros, estad quedos.» El caballero que tras ella venia quitóse luego afuera, y ella le dijo: «Vend á mi obediencia. — Iré de grado, dijo él, como á la cosa del mundo que mas amo.» Y echando el escudo del cuello é la espada de la mano, hincó los hinojos ante ella, é Gandáles fué ende mucho maravillado, y él dijo al caballero que ante sí tenia: «Decid á aquella doncella de so el árbol que se vaya luego; si no, que le tajaré la cabeza.» El caballero se tornó contra ella é dijole: «Ay mala, yo me maravillo que la cabeza no te tiro.» La doncella vió que su amigo era cançado, é subió en su palafren llorando, é fuése luego. La otra doncella dijo: «Gandáles, yo os agradezco lo que hecistes, id á buena ventura; que si este caballero me erró, yo le perdono. — De vuestro perdón no sé, dijo Gandáles; mas la batalla no le quito si se no otorga por vencido. — Quitaréis, dijo la doncella; que si vos fuédes el mejor caballero del mundo, haria yo que él vos venciese. — Vos haréis lo que pudiédes, dijo él; mas yo no le quitaré si me no decis por qué dejistes que guardaba muerte de muchos altos hombres. — Antes os lo diré, dijo ella; porque á este caballero amo yo como á mi amigo, é á tí como á mi ayudador.» Entonces lo apartó é dijole: «Tú me harás pleito, como leal caballero, que otro por tí nunca lo sabrá fast que te lo yo mande.» El así lo otorgo. Dijole: «Digte de aquel que hallaste en la mar, que será flor de los caballeros de su tiempo; este hará estremecer los fuertes, este comenzará todas las cosas é acabará á su hora, en que los otros fallascieron; este hará ta-

les cosas, que ninguno cuidaria que pudiesen ser comenzadas ni acabadas por cuerpo de hombre; este hará los soberbios ser de buen talante; este habrá cruza de corazón contra aquellos que se lo merecieren; é aun mas te digo, que este será el caballero del mundo que mas lealmente mantendrá amor é amará en tal lugar cual conviene á la su alta proeza; é sabe que viene de reyes de ambas partes. Agora te ve, dijo la doncella. E cree firmemente que todo acaecerá como te lo digo; é si lo descubres, venir te ha por ello mas que de bien. — Ay señora, dijo Gandáles, ruégovos por Dios que me digais dónde vos fallaré para hablar con vos en su hacienda. — Esto no sabrás tú por mí ni por otro, dijo ella. — Pues decidme vuestro nombre por la fe que debeis á la cosa del mundo que mas amais. — Tú me conjuras tanto, que te lo diré; pero la cosa que yo mas amo sé que mas me desama, que en el mundo sea, y este es aquel muy hermoso caballero con quien combatiste; mas no dejo por eso yo de lo traer á mi voluntad, sin que él otra cosa hacer pueda; é sabe que mi nombre es Urganda la Desconocida. Agora me cata bien é conósceme si pudieres.» Y él, que la vió doncella de primero, que á su parecer no pasaba de diez y ocho años, vióla tan vieja é tan lisa, que se maravilló cómo en el palafren se podia tener, é comenzóse á santiguar de aquella maravilla. Cuando ella así lo vió, metió mano á una *bujeta* que en el regazo traía, é poniendo la mano, por sí tornó como de primero, é dijo: «¿Parécete que me hallarias aunque me buscases? Pues yo te digo que no tomes por ello afán; que si todos los del mundo me demandas, no me hallarian si yo no quisiese. — Así Dios me salve, Señora, dijo Gandáles, yo así lo creo, mas ruégovos por Dios que vos membreis del doncel que es desamparado de todos sino de mí. — No pienses en eso, dijo Urganda; que ese desamparado será amparo y reparo de muchos; é yo lo amo mas que tú piensas, como quien atiende dél cedo haber dos ayudas, en que otro no podria poner consejo; y él recibirá dos galardones, donde será muy alegre; é agora te encomiendo á Dios; que irme quiero; é mas ahina me verás que piensas.» E tomó el yelmo é escudo de su amigo para gelo llevar; é Gandáles, que la cabeza le vió desarmada, parecióle el mas hermoso caballero que nunca viera. E así se partieron de en uno.

Donde dejarémos á Urganda ir con su amigo, é contarse ha de don Gandáles, que partido de Urganda, tornóse para su castillo, y en el camino halló la doncella que andaba con el amigo de Urganda, que estaba llorando cabe una fuente; é como vió á Gandáles, conociólo é dijo: «¿Qué es eso, caballero? ¿Cómo no vos hizo matar aquella alevosa á quien ayudabades? — Alevosa no es ella, dijo Gandáles, mas buena é sabida, é si fuédes caballero, yo vos haria comprar bien la locura que dejistes. — ¿Ay mezquina, dijo ella, cómo sabe á todos engañar! — Y ¿qué engaño vos hizo? dijo él. — Que me tomó aquel hermoso caballero que vistes, que por su grado mas conmigo haria vida que con ella. — Ese engaño así lo hizo, dijo él, pues que fuera de razón é de conciencia, vos y ella lo teneis, segun me parece. — Como quiera que sea, dijo ella, si puedo, yo me vengaré. — Desvario pensais, dijo Gandáles, en querer eno-

jar á aquella que, no solamente antes que lo obreis, mas que lo penseis, lo sabrá.—Agora vos id, dijo ella; que muchas veces los que mas saben caen en los lazos mas peligrosos.»

Gandáles la dejó, é fué como ante, su camino, cuidando en la hacienda de su doncel; é llegando al castillo, ante que se desarmase lo tomó en sus brazos é comenzólo de besar, viniéndole las lágrimas á los ojos, diciendo en su corazon: «Mi hermoso hijo, ¿si querrá Dios que yo llegue al vuestro buen tiempo?» En esta sazón había el doncel tres años, é su gran fermosura por maravilla era mirada; é como vió á su amor llorar, púsole las manos ante los ojos, como que gelos queria limpiar; de que Gandáles fué alegre, considerando que siendo en mas edad, mas se doleria de su tristeza; é púsole en tierra, é fuése á desarmar, é dende adelante con mejor voluntad curaba dél, tanto, que llegó á los cinco años; entonces le fizo un arco á su medida é otro á su hijo Gandalin, é facíalo tirar ante sí; é así lo fué criando hasta la edad de siete años. Pues á esta sazón el rey Languines, pasando por su reino con su mujer é toda la casa, de una villa á otra, vino al castillo de Gandáles, que por ahí era el camino, donde fué muy bien festejado; mas á su Doncel del Mar é á su hijo Gandalin, é á otros donceles mandólos meter en un corral porque no lo viesan; é la Reina, que en lo mas alto de la casa posaba, mirando de una finiestra, vió los donceles que con sus arcos tiraban, y al Doncel del Mar entre ellos tan apuesto é tan hermoso, que mucho fué de lo ver maravillada; é viólo mejor vestido que todos; así que, parecía el señor; é de que no vió ninguno de la compañía de don Gandáles á quien preguntase, llamó sus dueñas é doncellas, é dijo: «Venid, é veréis la mas hermosa criatura que nunca fué vista.» Pues estándole mirando todos como á una cosa muy extraña y crecida en fermosura, el Doncel hobo sed, é poniendo su arco é saetas en tierra, fuése á un caño de agua á beber, é un doncel mayor que los otros tomó su arco é quiso tirar con él; mas Gandalin no lo consentió, y el otro lo empujó recio. Gandalin dijo: «Acorredme, Doncel del Mar.» E como lo oyó, dejó de beber, é fuése contra el gran doncel, y él le dejó el arco, é tomólo con su mano é dijole: «En mal punto heristes mi hermano.» y dióle con él por cima de la cabeza gran golpe, segun su fuerza, é trabárouse ambos; así que, el gran doncel, mal parado, comenzó á fuir y encontró con el ayo que los guardaba, é dijo: «¿Qué has?—El Doncel del Mar, dijo, me firió.» Entonces fué á él con la correa é dijo: «¿Cómo, Doncel del Mar, ya sois osado de ferir los mozos? Agora veréis cómo os castigaré por ello.» El hincó los hinojos ante él, é dijo: «Señor, mas quiero que me vos hirais, que delante de mí sea ninguno osado de hacer mal á mi hermano.» E viniéronle las lágrimas á los ojos, y el ayo hobo mancilla, é dijole: «Si otra vez lo haréis, yo vos faré bien llorar.» La Reina vió bien todo esto, é maravillóse por qué aquel llamaban Doncel del Mar.

CAPITULO III.

Como el rey Languines llevó consigo al Doncel del Mar é á Gandalin, hijo de don Gandáles.

Así estando, en esta sazón entró el Rey é Gandáles,

é dijo la Reina: «Decid, don Gandáles, ¿es vuestro hijo aquel hermoso doncel?—Sí, Señora, dijo él.—Pues ¿por qué, dijo ella, lo llamais el Doncel del Mar?—Porque en la mar nació, dijo Gandáles, cuando yo de la pequeña Bretaña venia.—Por Dios, poco vos parece,» dijo la Reina. Esto decia por ser el Doncel á maravilla hermoso, é don Gandáles había mas de bondad que de hermosura. El Rey, que el Doncel miraba é muy hermoso le pareció, dijo: «Faceldó aquí venir, Gandáles, é yo lo quiero criar.—Señor, dijo él, sí haré, mas aun no es en edad que se deba partir de su madre.» Entonces fué por él é trájolo é dijole: «Doncel del Mar, ¿quereis ir con el Rey, mi señor?—Yo iré donde me vos mandádes, dijo él, é vaya mi hermano conmigo.—Ni yo quedaré sin él, dijo Gandalin.—Creo, Señor, dijo Gandáles, que los habréis de llevar ambos, que se no quieren partir.—Mucho me place, dijo el Rey.» Entonces lo tomó cabe sí y mandó llamar á su hijo Agrájes; é dijole: «Fijo, estos donceles ama tú mucho; que mucho amo yo á su padre.» Cuando Gandáles esto vió, que ponian al Doncel del Mar en mano del otro que no valia tanto como él, las lágrimas le vinieron á los ojos, é dijo entre sí: «Fijo hermoso, quede pequeño comenzaste andar en aventura é peligro, é agora te veo en servidumbre de los que á tí podran servir, Dios te guarde y enderece en aquellas cosas de su servicio é de tu gran honra, é haga verdaderas las palabras que la *sábia* Urganda de ti me dijo, é á mí leje llegar á tiempo de las tus grandes maravillas, que en las armas prometidas te son.» El Rey, que los ojos llenos de agua le vió, dijo: «Nunca pensé que érades tan loco.—No lo só tanto como cuidais, dijo él; mas á os pluguiere, oídme un poco ante la Reina.» Entonces mandaron apartar á todos, é Gandáles les dijo: «Señores, sabed la verdad deste Doncel que llevais, que lo fallé en la mar.» Y contóles por cuál guisa, é tambien dijera lo que de Urganda supo, sino por el pleito quefizo. «Agora faced con él lo que debeis; que así Dios me salve, segun el aparato que él traia, yo creo que es de muy gran linaje.» Mucho plugo al Rey en lo saber y preció al caballero que lo tan bien guardara, é dijo á don Gandáles: «Pues que Dios tanto cuidado tuvo en lo guardar, razon es que lo tengamos nos en lo criar é hacer bien cuando tiempo será.» La Reina dijo: «Y quiero que sea mio, si os pluguiere, en tanto que es de edad de servir mujeres; despues será vuestro.» El Rey se lo otorgó. Otro día de mañana se partieron de allí, llevando los donceles consigo, é fueron su camino. Iere dígoos de la Reina que facia criar al Doncel del Mar con tanto cuidado é honra como si su fijo propio hese; mas el trabajo que con él tomaba no era vano, porque su ingenio era tal é condicion tan noble, que muy mejor que otro ninguno, é mas presto, todas las cosas aprendia. El amaba tanto caza é monte, que si lo dejesen, nunca dello se apartara, tirando con su arco, ebando los canes. La Reina era tan agradada de como él servia, que lo no dejaba quitar delante su presencia.

El autor aquí torna á contar del rey Perion é de su amiga Elisena. Como ya oistes, Perion estaba en su reino, despues que hobo hablado con los clérigos que el sueño le soltaron, é muchas veces pensó en las palabras

que la doncella le dijera, mas no las pudo entender. Pues pasando algunos días, estando en su palacio, entró una doncella por la puerta, é dióle una carta de Elisena, su amiga, en que le facia saber cómo el rey Garinter, su padre, era muerto, y ella estaba desamparada; que la hubiese piedad, que la reina de Escocia, su hermana, y el Rey, su marido, le querian tomar la tierra. El rey Perion, como quiera que de la muerte del rey Garinter pesar grande hobiese, fué alegre en pensar de ir á ver á su amiga, donde nunca perdía deseo; é dijo á la doncella: «Agora os id, é decid á vuestra señora que sin me detener un solo día seré luego con ella.» La doncella se tornó muy alegre. El Rey, aderezando la gente que era necesaria, partió luego al derecho camino donde Elisena era, é tanto anduvo por sus jornadas, que llegó á la pequeña Bretaña, donde falló nuevas que Languines había todo el señorío de la tierra, salvo aquellas villas que su padre á Elisena dejara; é sabiendo que era ella en una villa que Arcarte se decia, fuése allá, é si fué bien recibido no es de contar, é por al semejante ella dél; que se mucho amaban. El Rey le dijo que ficiese llamar todos sus amigos é parientes, porque la queria tomar por mujer. Elisena así lo fizo, con gran gozo de su ánimo, porque en aquello consistia todo el fin de sus deseos.

Sabido por el rey Languines la venida del rey Perion, é como con Elisena casar queria, mandó llamar todos los hombres buenos de la tierra, é llevándolos consigo, se fué para él, habiéndose ambos con buen talante saludado é rescebido; é las bodas é fiestas celebradas, acordaron los reyes de se volver en sus reinos; é caminando el rey Perion con Elisena, su mujer, pasando cabe una ribera, donde aposentar queria, el Rey se fué solo suso por la ribera, pensando cómo sabia de Elisena lo del fijo que los clérigos le dijieran cuando le absolvieron el sueño; é tanto anduvo en este pensar, que llegó á una ermita, donde trabando el caballo á un árbol, entró á hacer oracion, é vió dentro della un hombre viejo, vestido de paños de orden, é dijo al Rey: «Caballero, ¿es verdad que el rey Perion está casado con la fija del Rey nuestro señor?—Verdad es, dijo él.—Mucho me place, dijo el hombre bueno; que yo sé cierto que della es muy amado de todo su corazon.—¿Por dónde lo sabeis vos? dijo él.—Por su boca, dijo el buen hombre.» El Rey, pensando saber lo que deseaba, fizele conocer é dijo: «Ruégoo que me digais lo que della sabeis.—Gran yerro faria en ello, dijo el hombre bueno, é vos me terniades por hereje si lo que en confesion se dijo yo lo manifestase; baste lo que os digo, que de amor verdadero y leal os ama; pero quiero que sepais lo que una doncella, al tiempo que á esta tierra venistes, me dijo, que me parecia muy *sábia*, é no lo puedo entender: que de la pequeña Bretaña saldrían dos dragones, que ternían su señorío en Gaula é sus corazones en la Gran Bretaña, é de allí saldrían á comer las bestias de las otras tierras, é que contra unas serian muy bravos é feroces, é contra otras mansos é humildosos, como si unas ni corazones no toviesen; é yo fui muy maravillado de lo oír, pero no porque sepa la razon dello.» El Rey se maravilló, é aunque al presente no lo en-

tendiese, tiempo fué que claro lo conoció ser así verdad; é así se despidió el rey Perion del ermitaño é tornóse á las tiendas en que á su mujer é compañia había dejado, donde aquella noche con gran vicio quedó. Estando en su lecho en gran placer, dijole á la Reina lo que los maestros habían deciarado de su sueño, é que le rogaba le dijese si había parido algun fijo. La Reina, que esto oyó, hobo tan gran vergüenza, que quisiera su muerte, é nególo, diciendo que nunca pariera; así que, el Rey no pudo aquella vez saber lo que queria. Otro día partieron dende, é anduvieron por sus jornadas fasta que allegaron en el reino de Gaula, é plugo á todos los de la tierra con la Reina, que era muy noble dueña; é allí holgó el Rey algo mas que solia, é hubo en ella un fijo é una hija; al hijo llamaron Galaor, é á la hija Melicia. Cuando el niño hobo dos años é medio fué así: que el Rey, su padre, era en una villa cabe la mar, que Dangil había nombre, y estando él á una finiestra sobre una huerta, é la Reina por ella holgando con sus dueñas é doncellas, teniendo el niño cabe sí, que yacomenzaba á andar, vieron entrar por un postigo que á la mar salia un jayan con una muy gran maza en su mano, y era tan grande é desemejado, que no había hombre que lo viese que se dél no espantase; é así lo hicieron la Reina é su compañia, que las unas huian entre los árboles, é las otras se dejaban caer en tierra, atapando los ojos por le no ver; mas el gigante enderezó contra el niño, que desamparado é solo le vió, é allegando á él tendió el niño los brazos riendo, é tomóle entre los suyos, diciendo: «Verdad me dijo la doncella.» E tornóse por donde viniera, é entrando en una barca, se fué por la mar.

La Reina, que le vió ido, y que el niño le llevaba, dió grandes gritos, mas poco le aprovechó; mas su duelo é de todos fué tan grande, que, como quiera que el Rey mucho dolor tenia por no haber podido socorrer su hijo, viendo que remedio no había, bajóse á la huerta para remediar á la Reina, que se estaba matando, que le venia en la memoria el otro hijo que en la mar había lanzado; é agora, que con este pensaba remediar su gran tristeza, verlo perdido por tal ocasion, no teniendo esperanza de jamás lo cobrar, hacia las mayores rabias del mundo. Mas el Rey la llevó consigo é la hizo acoger á su cámara, é cuando mas asosegada la vió dijo: «Dueña, agora conozco ser verdad lo que los clérigos me dijeron, que este era el postrimero corazon; é decidme la verdad, que, segun en la sazón que fué, no debeis ser culpada.» La Reina, como quiera que con gran vergüenza, contóle todo lo que del primero hijo le aconteciera, de cómo le echara en la mar. «No tomeis enojo, dijo el Rey, pues que á Dios plugo que destes dos hijos poco gozásemos; que yo espero en él que tiempo verná que por alguna buena dicha algo dellos sabrémos.»

Este gigante que el doncel llevó era natural de Leonís, é había dos castillos en una ínsula, é llamábase el Gandalac, é no era tan facedor de mal como los otros gigantes, antes era de buen talante fasta que era saúdo; mas despues que lo era hacia grandes cruexas. El se fué con su niño hasta en cabo de la ínsula, adó había un ermitaño, buen hombre, de santa vida; y el gigante, que aquella